



Un nuevo ritual un año más, uno más, piensa el labriego y tantos como él...

Un día de siega

Duelen por igual los ojos y la espalda, siempre agachándose y mirando ya desde hace muchos días allá arriba, al cielo, al atisbo de síntomas premonitorios de fenómenos que puedan perturbar la emocionante marcha de sus ricas o pobres, medianas cosechas, que de todo hay, que están ahí lozanas, o conformadas y macilentas, y a las que ayudó con tanto cariño, amorrado al suelo, limpiándolas de malas hierbas que tenían.

Mira el labriego sus tesoros, el fruto de sus manos ya presto a alcanzar. Que era ayer cuando amorosamente peinó los campos, dibujó surcos de fertilidad. Con caricias convenció a la vieja tierra una vez más, que no se atrevió a negarse y ya está a punto de darle el nuevo fruto de su amor.

Dilatadas extensiones, minúsculos trozos como pañuelos. Las mismas lomas y vaguadas que ayer recorría cansado paso a paso, peladas, de tonos ocres, rojizos, blancos y negros, indefinidos; impúberos y jóvenes a los que arrancó con caricias su virginidad; viejos y prolíficos, todos lucen hoy en este día o están a punto de lucir, las galas de su lozana madurez, prestos a emprender el camino que les conducirá al holocausto final.

Menudea el ir y el venir, de trozo en trozo, que el labrador conoce profundamente, por infinidad de signos, de detalles

minúsculos que observa, que le ha brindado su sabia naturaleza, cuando, cómo, por donde ha de dar comienzo a este primer día de siega, como rito ancestral un año más, que dará paso a que se disparen las sanas envidias y afanes; que ya había ganas entre los suyos y los otros, de dar comienzo a este penoso pero esperanzador calvario, donde los cuerpos verterán tanto sudor como cariño, en esta liturgia que aprobó la vida. Un paso más en el larguísimo recorrido impuesto, antes de que sean saciados los más nobles deseos.

Corbellas al hombro

Salía el vecino sigiloso esta mañana, apenas levantado el día de este prometedor mes de julio, corbellas nuevas al hombro, entre zamarras tersas y relucientes.

Suena el himno de llamada cautelosa aún, el sonsonete fresco de las zoquetas, que se resisten a seguir calladas y denuncian a los cuatro vientos que sus dueños ya están prestos un año más a iniciar la tarea casi sagrada de recoger el fruto de sus prolongados sacrificios.

Un nuevo ritual un año más, uno más, piensa el labriego y tantos como él, que se han preparado bien para lo que ha de ser la recolección de tantas esperanzas esparcidas a lo largo y ancho de sus posesiones.

La mies está todavía muy melosa cuando el inquieto segador se apresta y cae sobre ella y dice que es igual, que algo sí que ganaría, pero que prefiere así, que apretado bien el haz podrá mantener su frescor y terminará de sazonar y aunque así no fuera él ya va ganando, manojos a manojos, que es mejor poner a buen recaudo lo que se ofrece tentador, ya hecho realidad.

Que la espera se hace inquietante y aburrida y bien podría acabar en desesperanza y tragedia, si la mala nube aparece otra vez y se lleva consigo en un santiamén los sueños y las esperanzas tan largamente acariciados y que ya casi se tocan.

Ha sido un aldabonazo dado una vez más en este quehacer cotidiano, no se sabe quién, si por el más menesteroso de siempre, que anhela más que nadie ver sus mieses convertidas en succulento manjar, su pan de cada día, o el despertar puntual, colectivo, a la llamada de los ancestros que no puede faltar.

Fines

Como fuere, que la forma es lo de menos y el motivo y los fines son siempre los mismos. Al socaire de este esplendoroso día que amanece y todo lo invade con renovados aromas, la multitud se

apresta a escabullirse por un sinfín de lugares, llevando la bondad de su presencia. Hay por delante todo un día de siega.

Puede que la mies esté melosa, que tanto da ya. Los piones se han llevado al tajo marcado para eso y ya no pararán; o quizás las espigas ya hartas de tanto esperar, doblegadas por el peso, derramen al suelo sus lágrimas grano a grano, tributo que tanto exaspera al amo que todo lo ve y tanto le duele al pisarlas.

O puede que haya que correr mucho, que todo se ha echado encima con demasiada rapidez y se teme, se teme siempre, y habrá que madrugar mucho y hasta segar la noche si hay buena luna y se ve, que la mies se ablanda y la brisa de la noche es una sana caricia a las espaldas del segador.

Casi con frío al comienzo y las mañanas húmedas que casi mojan, larguísimos días de calores sofocantes; tormentas aparatosas, terroríficas a veces; solo lluvias continuadas, inoportunas; y aires alocados en torbellinos que arrebatan la mies de las manos; bochorno, quietudes inmensas que arrojan fuego, chicharrinas, configuran este período breve de la vida del ayer labriego, hoy segador y de todo un poco, que cansado pero satisfecho, con ganas siempre y humores para seguir tarareando sus canciones de siempre, retorna bien entrada la noche a casa, con el grato placer del bien hacer y deber cumplidos.

«Suenan a himno de llamada cautelosa aún el sonsonete fresco de las zoquetas, que se resisten a seguir calladas y denuncian a los cuatro vientos que sus dueños ya están prestos un año más a iniciar la tarea casi sagrada de recoger el fruto de sus prolongados sacrificios»